

JIRA SALUDABLE

No se por qué se critica la jira presidencial.

Que se revolucione al país, que se desprestigie la dignidad del Primer Mandatario, que se gaste en pasajes, hoteles y banquetes el dinero que no se paga a los empleados públicos, son simples cuestiones de detalle, comparadas con el fin primordial de la jira.

Guárdese el lector de creer que nos referimos a la propaganda política. No: la jira tiene un objeto mil veces más noble: La salud del Presidente.

No era posible que el Primer Mandatario, dada la clase de enfermedad que le aqueja, continuara encerrado en la Moneda tras tupidas rejas y sometido a las deficientes atenciones de don Domingo Amunátegui, a quien los facultativos declararon hace tiempo física y mentalmente imposibilitado para desempeñar cualquier empleo.

La misma ciencia médica, que tanto acierto informó favorablemente la jubilación del señor Amunátegui, se ha pronunciado desde años en contra del sistema del encierro que hasta ahora había seguido con tan funesto resultado, el señor Alessandri. Era preciso cambiar de tratamiento. La terapéutica moderna aconseja, en estos casos, aire, luz, libertad de movimiento; en una palabra, el "open door", y ¿qué otra cosa es el régimen que ahora sigue el distinguido enfermo?

La jira podrá prestarse a escenas ridículas y molestas; podrá resultar nociva para el prestigio y la respetabilidad del funcionario; pero es profundamente higiénica. Libre de los cerrojos y las rejas el ilustre paciente - o impaciente - recobrará el dominio de sus nervios, y el león de Tarapacá lucirá en todo su vigor. Ya no será un león de circo, débil, enjaulado y tímido, sino un león en libertad que recorrerá el país dando rugidos y repartiendo zarpazos.

Las fieras, lo mismo que los alienados, sólo se reponen en el "open door".

¿Puede concebirse acaso al Rey de los Animales, traído y llevado a los debates de la Cámara, con menos respeto que si se tratara del jefe de una república, y sometido en todos sus actos, a la fiscalización parlamentaria?

Estamos viendo a qué extremos se presta el régimen republicano. ¡A cuántas indiscreciones y conflictos suelen dar ocasión esos debates!

Palabras sacan palabras y las causas más recónditas de los acontecimientos - que el público debiera ignorar siempre - salen a cancha, se comentan y obligan a la prensa a analizarlas.

Los diputados son terribles. Hace poco uno de ellos se atrevió a pedir a otro su opinión, no ya sobre las facultades constitucionales, sino mentales del Jefe del Estado, y de allí se originó una discusión poco tranquilizadora para esperar el régimen dictatorial.

Si aquello hubiera quedado en una simple discusión sobre el estado de salud del señor Alessandri, la cosa no habría tenido mayor importancia. Pero, desgraciadamente, el aludido contestó en un reportaje, diciendo que estaba en su perfecto juicio, y comparándose con Cristóbal Colón, con Galileo, con Napoleón y otros talentos a quienes sus concudadanos tildaron, también, de locos.

El público suspicaz y malévolo, como siempre, comenzó a hacer comentarios. ¿No era acaso una locura compararse con esos grandes hombres? ¿Qué podía haber de común entre el descubridor de América y el descubridor de que el amor es fecundo? ¿Qué semejanza entre el vencedor de Auterlitz y el organizador de la ofensiva de Los Sauces? ¿Qué relación entre el sabio que sostenía la hipótesis del movimiento de la tierra, y el orador que sostenía la teoría de la caducidad

de los registros?

Y de allí los comentarios pasaban a la actitud de los diputados gobiernistas. Si ellos creían realmente que la opinión del señor Gumucio carecía de todo fundamento, ¿por qué la tomaban en serio? ¿por qué se indignaron tanto?

Estas elucubraciones han terminado por envolver en un ambiente triste la personalidad simpática, locuaz y extraña del Primer Hablatario, o del Alto Parlante, como suelen llamarle en los círculos radio telefónicos.

La jira anunciada para inaugurar una exposición de animales, se ha convertido en una serie no interrumpida de audiciones en que los animales desempeñan el papel de entusiastas oyentes, y para colmo, se asegura que el señor Alessandri ha resuelto proclamarse dictador.

Todo esto es bien sensible; pero si la jira logra ejercer la influencia sedante que se espera, el público no tiene derecho a criticarla.

El "open door" habrá salvado a la República.

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literaturas Chilenas

Pontificia Universidad Católica de Chile